

Sal 96,1-9 (10-13) / Jes 45,1-7 / 1. Teseas 1:1-10 / Mateo 22:15-22

Llené mi declaración de impuestos hace un mes. Sí, llegué tarde y todos los años pospongo la fecha de entrega y, sin embargo, las hago el último día de la fecha límite. Al final, veo los números. Ingreso declarable, impuesto federal, impuesto cantonal e impuesto municipal.

Puedes preguntarte cómo sería si no tuvieras que pagar todo esto. Sería una buena idea. Pero luego viene la idea no tan agradable de cuáles serían las consecuencias. Comienza con los intereses por la demora y, en el peor de los casos, termina con la prisión.

Pero el tema de los impuestos tenía un significado mucho más serio para Jesús.

Los fariseos, como todos los judíos, esperaban al Mesías y, como todos los judíos, esperaban que fuera un líder político que los liberara del yugo de los romanos. En ese momento del ministerio de Jesús, probablemente se dieron cuenta de que Jesús no era ese tipo de libertador. Por lo tanto, conspiraron con sus oponentes políticos, los seguidores de Herodes. El rey, que estaba completamente bajo el control de los romanos y estaba bastante satisfecho con esta posición.

Así que le hacen a Jesús una pregunta sencilla. Pero no sin antes adularlo. **Maestro, sabemos que eres veraz y que enseñas rectamente el camino de Dios, y que no preguntas en pos de nadie, pues no tienes en cuenta la reputación de los hombres. (16)** Ya le están diciendo de la manera más hermosa qué clase de respuesta esperan de él. Esperan una respuesta en la que Jesús pise los pies de un hombre.

¿Es correcto pagar impuestos al emperador o no? (17) Esta pregunta es un gran obstáculo. Si Jesús dice que hay que pagar el impuesto, obviamente no es el Mesías, porque el impuesto va directamente al invasor y así Jesús diría indirectamente que la ocupación de los romanos es correcta, que no hay que resistirse a ella. Esto alejaría a la gente de él y los fariseos volverían a ser el "partido anti-Roma" sin rival. Pero si dijera que no hay que pagar, entonces se opondría directamente al estado romano y por tanto también a Herodes y sería ejecutado como revolucionario. Lo que convertiría a los fariseos de nuevo en el "partido anti-Roma" sin rival. Una situación en la que todos saldrían ganando.

Pero Jesús ve a través de sus intenciones y responde de una manera que ellos no podrían haber previsto. Pide una moneda y hace una contra pregunta: **¿De quién es la imagen y la inscripción? (20)** Por supuesto que la moneda lleva la imagen del emperador. Y el argumento de Jesús es que lo que lleva la imagen del emperador pertenece también al emperador. Así que paga los impuestos.

Así que Jesús cayó en la trampa. Es un colaborador romano. ¿O tal vez no? Porque también dice que debemos [dar] a Dios lo que es de Dios. (21) Así que tomamos el mismo criterio que nos dio Jesús para determinar que la moneda pertenece al César y nos fijamos en lo que tiene la imagen y la inscripción de Dios. En el Génesis Dios dice: **"Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza"** (Génesis 1:26). Así que

llevamos la imagen y la huella de Dios. Por tanto, todo lo que somos y tenemos pertenece a Dios.

Los fariseos entregaban obedientemente sus diezmos al templo. Cumplieron con lo que se requería de Dios. Eran los creyentes ejemplares. Estaban, por supuesto, en el derecho de condenar a Jesús. Pero Jesús le da la vuelta a la tortilla y les muestra a los fariseos que, si bien es correcto que los fariseos diezmen, eso no significa que merezcan nada del Señor Dios por encima de todo. Porque en realidad tiene derecho no sólo al diezmo, sino a toda la vida. Al final, no tienen más remedio que dejar a Jesús e irse.

Pero, ¿qué significa esto para nosotros? Lo que sacamos de nuestro texto ahora es si debemos pagar impuestos o no. Esta bien puede ser una de esas cosas, después de todo, Pablo nos insta en Romanos a obedecer a las autoridades: ***Sométase cada uno a las autoridades[1] que tienen autoridad sobre él*** (Rom. 13:1) Pero, ¿eso es todo?

En la lectura de hoy, Pablo nos explica lo que significa que pertenezcamos ***a Dios en todo lo que hacemos: siempre damos gracias a Dios por todos vosotros, y os recordamos en nuestras oraciones, y pensamos sin cesar delante de Dios nuestro Padre en vuestra obra en la fe, y en vuestra obra en el amor, y en vuestra paciencia en la esperanza en nuestro Señor Jesucristo.*** (1 Tes. 1:2-3) En nuestras obras, todos servimos a Dios y le damos lo que se le debe. Son nuestra adoración.

Y eso no solo significa lo que estoy haciendo aquí, por ejemplo. Muchos cristianos solo ven buenas obras cuando son "espirituales" (sea lo que sea que eso signifique). Está claro que esto se refiere al sermón o a la oración. Sin embargo, lo que pertenece exactamente a esta categoría es bastante vago y cada persona lo define de manera un poco diferente.

Pero te digo que esta categorización no solo es inútil, sino incluso dañina. Todo lo que somos y tenemos viene de Dios. Todo lo que hacemos y en lo que trabajamos viene de Dios. Él nos ha dado todo y, por lo tanto, no necesita de nosotros las llamadas obras "espirituales". Nuestras buenas obras son todo lo que hacemos para ayudar a nuestro prójimo. Si llevamos a cabo nuestro trabajo concienzudamente, para el beneficio de nuestros empleados, nuestros jefes y aquellos que se benefician de nuestro trabajo al final, hemos hecho un buen trabajo y hemos cumplido una adoración correcta con todo lo que somos y hemos cumplido una adoración correcta.

Ahora, por supuesto, está la gran pregunta: "¿Qué pasa si no lo hago por el bien de mi prójimo?" Y aquí está la liberación que tenemos como cristianos.

Si le preguntas a la gente en la calle si quieren ir al cielo, la mayoría responde: "Por supuesto, soy una buena persona". La forma en que se dan cuenta de que son buenas personas suele ser que donan dinero, que tratan bien a sus semejantes, etc. Pero todas estas personas se quedan con la cuestión de la motivación.

Curiosamente, casi todas las personas en casi todas las culturas están de acuerdo en que una buena obra debe ser "altruista". Por lo tanto, no está motivado por ningún tipo de interés propio. Pero la mayoría de las veces no se necesita mucho empujón y encuentras el beneficio propio.

Donas porque te da una buena sensación. Eres amable de cambiar porque esperas que los demás también sean amables contigo. Así, en todas las llamadas buenas obras, encontramos una mancha de suciedad. El verdadero altruismo, entonces, es difícil, si no imposible. Y a más tardar, cuando cuestionamos nuestras motivaciones, descubrimos cuán egocéntricos somos realmente.

Pero debido a que Jesús también nos liberó en la cruz del pecado que se aferra a nuestras buenas obras, ya no tenemos que agonizar por la cuestión de la motivación. No tenemos que ser muy buenos para llegar al cielo. Jesús ya ha sido especialmente bueno con nosotros, y sus buenas obras también nos serán acreditadas. Pero más que eso, todo lo que hagamos día tras día, de cualquier manera, que hagamos por nuestras familias, nuestras iglesias y todos nuestros semejantes, nos será acreditado al final, liberados de todo pecado, como nuestras propias buenas obras, y nos esperarán grandes recompensas.

Así que pagamos nuestros impuestos al Estado en dinero.

Pero nuestros impuestos ya han sido pagados al rey del mundo, y ya no tienes que sacrificarle nada. En cambio, haces contribuciones voluntarias a través de tu trabajo, porque así como él te ama, tú también has aprendido a amarlo. Así que ahora tú también le sirves en estas obras de amor.

Y tal vez en tus obras este amor se manifieste incluso a tu prójimo, a Dios mismo, y Él también mueve sus corazones a la fe. Entonces ellos también **cantarán un cántico nuevo al Señor.**

La paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, guardará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús

Amén.